

# Jóvenes frente al abismo

*Raúl Enrique Anzaldúa Arce\**

## *Resumen*

En este trabajo se analiza la condición crítica de los jóvenes en la sociedad global. A partir de las condiciones de desempleo, exclusión educativa, pobreza y marginación, se analizan los efectos que estos problemas han generado a los jóvenes. Se presentan algunas características de los dos principales tipos de jóvenes que existen en la actualidad: los jóvenes incorporados y los jóvenes disidentes. Por último, se analiza el extravío de la juventud al mostrar la dificultad para plantear e impulsar propuestas de transformación social.

## *Abstract*

This text analyze is the critical condition of the young people in the global society. Parting from the conditions of unemployment, educative exclusion, poverty and marginal situation, itself analyze the effects that its problems haven the young people. The show ame characteristics of the two types principales of youngers: the incorporated young and disident young. Last analyze the errors of youth and the difficulties from to expound and to impel proposeal of social transformation.

\* Profesor-investigador de la Universidad Pedagógica Nacional. Dirección electrónica: reanzal@upn.mx

Estoy desesperado  
ésta es mi frustración  
Me veo aquí esperando  
por nuestra destrucción  
Malditos asesinos  
que en nombre de la ciencia  
inventan proyectiles  
para volar la tierra  
¿Quién es más peligroso?  
¿Ellos o nosotros?  
Masacre 68, “Ellos o nosotros”

Hablar de *juventud* es ubicarnos en un plano bastante abstracto y general, que deja de lado la complejidad y diversidad de los modos de ser de los sujetos que se engloban con este término. En esa dimensión de generalidad, la juventud es entendida como la manifestación sociocultural de una etapa de la vida previa a la edad adulta. Una ambigua fase de transición que inicia con la adolescencia y que deberá culminar con una supuesta “madurez” en la que el sujeto termina por adaptarse a las exigencias de la vida social y laboral, asumiendo los roles de trabajador, ciudadano, cónyuge, padre de familia, consumidor, etcétera.

La juventud, para Erikson (1974) es una etapa marcada por una moratoria psicosocial en la que un sujeto, que ha alcanzado la maduración biosexual, ha de retardar su capacidad para procrear, a fin de prepararse para entrar al campo laboral. Es una etapa en la que convencionalmente se espera que el sujeto estudie una carrera profesional, ensaye roles y culmine con su inserción en un trabajo que le permita lograr la independencia socioeconómica de su familia de origen y establezca una familia propia. Esta concepción de juventud es establecida desde la convención del mundo adulto a partir de significaciones imaginarias instituidas, que marcan un referente identitario “ideal” al que se espera que los jóvenes tiendan. Sin embargo, el proceso de construcción identitaria de la juventud está signado por múltiples contradicciones que provienen de factores económi-

cos, políticos y socioculturales, que alejan a estos sujetos de los patrones convencionales.

El presente trabajo es una reflexión acerca de las condiciones en que los jóvenes intentan insertarse en la compleja sociedad en que vivimos.

### **Construcción social de la “juventud”**

La concepción convencional de la juventud se centra fundamentalmente en definir al joven a partir de parámetros biológicos enmarcados en periodos de edad ambiguamente determinados. Esta concepción adolece de pensar al sujeto como un organismo que se desarrolla en diversas etapas dentro de un continuo temporal ahistórico, en el que la cultura y las condiciones sociales tienen poca injerencia.

Contrario a esta concepción convencional, entendemos por *juventud* una categoría histórica, una construcción cultural que alude a la forma en que cada sociedad organiza la transición de los sujetos de la infancia a la edad adulta. Este proceso es acompañado por una serie de significaciones imaginarias que instituyen formas de ser, valores y concepciones acerca de lo que se espera de los sujetos que se encuentran en este trayecto.

Cabe señalar que no todas las sociedades abren un particular espacio temporal para esta transición de la niñez al sujeto adulto. Asimismo, las sociedades que sí consideran esta fase, la dotan de contenidos y sus formas de expresión que pueden ser sumamente variables, incluso dentro de una misma sociedad. Así vemos que la concepción de juventud y sus manifestaciones puede ser distinta para los diferentes estratos socioculturales que la componen. Esto demuestra el carácter histórico y cultural de la juventud y sus contenidos.

A pesar de esta heterogeneidad, podemos señalar que en Occidente, la juventud, como hoy la conocemos, es fundamentalmente una invención de la posguerra (Reguillo, 2000:21). Aparece en un contexto en el que los países vencedores con un desarrollo industrial y económico considerable, parecían acceder a condiciones de vida favorables para una buena parte de su población, lo que imponía un

estilo de vida caracterizado por el abundante consumo de mercancías. Los valores y los patrones sociales del consumismo se difundían hacia los países periféricos como la forma de vida ideal. En este contexto los diversos sectores de la sociedad (niños, jóvenes, adultos; hombres y mujeres) se convertían en blanco de mercancías específicas y por tanto se buscaba constituirlos en *sujetos de consumo* de productos particulares.

A la par de las estrategias mercantiles de instaurar sectores específicos de consumidores, se instauraban discursos que abogaban por la *singularidad de los sujetos* de cada sector. Así, por ejemplo, aparecían los discursos a favor de los derechos de los niños, de los jóvenes y de las mujeres, principalmente. Éstos reivindicaban la existencia particular de cada uno de estos sujetos, que además se convirtieron en objetos de estudio “específicos” para las ciencias sociales. Tal es el caso en especial de los jóvenes.

Por otra parte, en el campo educativo, se afianzaba el *discurso psicopedagógico* que intentaba orientar, a partir de los conocimientos psicológicos, los procesos de enseñanza-aprendizaje. Estos discursos reiteraron y especificaron, cada vez más, las diferencias entre niños, adolescentes y jóvenes, con la presunta intención de intervenir “científicamente” en la educación, adecuando las estrategias educativas a la edad y a las características psicológicas de los sujetos, con el objetivo de disminuir las deficiencias de aprendizaje y hacer más eficiente la enseñanza.

[...] la educación se fue convirtiendo cada vez más en una empresa psicológica [...] se identificó al sujeto que había de ser educado como un conglomerado de atributos definidos estadísticamente [...] como atributos del individuo en las formas de personalidad, afecto, sensibilidades perceptivas y cognición (Fendler, 2000:68).

De hecho, la concepción de juventud en las sociedades industriales alude principalmente al sector de la población que se encuentra estudiando, preparándose para su inserción laboral. Como prototipo ideal se asoció a la juventud con el estudio y se promovió la *identidad estudiantil* como modelo identitario. Sin embargo, en la actualidad,

las condiciones sociales han convertido a la educación, especialmente a la educación media superior y superior, en un espacio cada vez más elitista y restringido, de manera que los jóvenes enfrentan el reto de construir otros referentes identitarios distintos al de ser estudiantes.

Otro factor que contribuyó a conformar la concepción de juventud en nuestras sociedades, fue la aparición de los llamados *movimientos juveniles* de la posguerra. Éstos cobran importancia por su carácter contestatario que ponía de manifiesto las crisis latentes del capitalismo industrial. El descontento frente a los valores tradicionales de la familia, la escuela y la iglesia, a la par de la inconformidad por las guerras imperialistas (especialmente en Vietnam), marcaron primero la asunción de actitudes rebeldes y después francos movimientos de protesta que desencadenaron una reacción de protesta generalizada en 1968, año en el que hubo diversas manifestaciones juveniles en más de 50 países, entre los que destacamos las protestas de París, en mayo, y las de México, en septiembre y octubre (que desembocó en la terrible masacre en la Plaza de Tlatelolco).

La concepción prototípica del joven como estudiante “rebelle” próximo a “madurar” para incorporarse al mercado de trabajo, se ha visto seriamente trastocada por las alarmantes condiciones sociales de pauperización, desempleo y menores oportunidades de estudio. Los jóvenes de hoy han tenido que transformarse para hacer frente al desvanecimiento de los referentes de integración social y a las condiciones de marginación en las que los coloca el capitalismo global.

### **Condiciones excluyentes de la globalización**

La globalización surge al instaurar un modelo de producción flexible apuntalado en los avances tecnológicos que han permitido el fraccionamiento del proceso productivo y la diversificación de los centros de producción. Paralelamente a estos cambios en la producción, se ha implantado una política neoliberal que, entre otras cosas, obliga a los países a firmar tratados de libre comercio en condiciones desventajosas para los más débiles, abandonar las políticas del Estado Benefactor y privatizar la mayor parte de las empresas estratégicas, de

seguridad social y educación. Se ha instaurado un *capitalismo salvaje* que sin misericordia ha establecido una devastación social a fin de elevar al máximo las ganancias de las cada vez más reducidas élites que dominan la producción, el mercado y las finanzas. A la par que las élites multiplican extraordinariamente sus ganancias, crece la pobreza extrema.

Este capitalismo salvaje arrasa con pueblos enteros, socavando sus formas de vida, su cultura y sus valores. Los aniquila sustrayéndoles su riqueza material y espiritual, ahogándolos en la miseria y la violencia. Por si fuera poco, también destruye la naturaleza, poniendo en riesgo al planeta en su conjunto. En la búsqueda de la máxima ganancia para una reducida élite se arrastra al planeta entero a la destrucción. Uno de los fenómenos que más preocupa en la actualidad a los analistas sociales es el grave problema del *desempleo*, que cobra características estructurales.

### *La exclusión laboral*

El modo de producción capitalista, durante siglos, había cifrado su desarrollo fundamentalmente en la ganancia extraída de la explotación del trabajo. En la actualidad, los avances tecnológicos han desplazado de manera importante a la mano de obra. Las máquinas han venido sustituyendo a los hombres en sus puestos; esto ha significado para el capitalista una enorme ventaja, no sólo porque producen más, con mayor precisión y rapidez, sino porque resultan más baratas y sin conflictos. Esto ha generado paulatinamente una reducción cada vez más importante de la mano de obra.

A la par de la sustitución del hombre por las máquinas, el vertiginoso crecimiento de la población ha producido un incremento importante de la oferta de trabajadores, que al combinarse con una progresiva reducción de la demanda laboral, va generando un abaratamiento del trabajo y una selección más exigente de los trabajadores que se emplean. Esto ha generado el *subempleo*, que es la contratación de personas con una formación superior a la requerida por el puesto, percibiendo un salario muy inferior al esperado por su esco-

laridad y experiencia. Vivimos un mundo en el que cada vez hay menos empleo y los pocos puestos existentes son temporales, por lo general mal remunerados y sin ninguna protección social. Los puestos de base con prestaciones sociales, cada vez son menos y tienden a desaparecer. La idea de un trabajo o una profesión para toda la vida son cosas del pasado.

El modelo de producción flexible que hoy impera exige la constante modernización de la planta productiva, lo que implica la necesidad de trabajadores altamente calificados. De manera que para ocupar los escasos puestos vacantes, se requiere una mayor capacitación e incluso un grado considerable de especialización. Sin embargo, también se requiere de gran flexibilidad para poder adaptarse a los cambios tecnológicos y en caso necesario cambiar constantemente de puesto. Además de una mayor preparación, se demanda un alto grado de creatividad, para que sea el trabajador el que lleve a cabo las innovaciones tanto en el proceso de producción como en el producto mismo.

La flexibilidad también se busca en la legislación laboral. Ahí se demandan reformas jurídicas que eliminen contratos colectivos y todo tipo de regulación que obstaculice las nuevas relaciones laborales: contratos temporales, generalmente a destajo, donde se exige una enorme productividad regida por estrictos parámetros de calidad y excelencia. Este nuevo orden laboral se caracteriza por una *sobreexplotación* del trabajador (González, 1999). Se trata de sacar el máximo provecho posible al personal contratado, sin importar su desgaste físico y emocional. Para ello se emplean incentivos de todo tipo, así como la presión mediante la “ética de la empresa” (ponerse la camiseta) y los estándares de producción y calidad, que sirven como parámetros de evaluación del desempeño. El *costo de la excelencia* (Aubert y Gaulejac, 1993) se traduce en un devastamiento humano de la fuerza de trabajo, que culmina con el despido, una vez que el trabajador ya no rinde lo suficiente de acuerdo con los parámetros establecidos.

La situación de desempleo y subempleo es tan grave que adquiere el carácter estructural y afecta a todos los países, incluso a los más desarrollados: en Japón (2001) la tasa de desempleo ascendió a 5.6

por ciento, la más alta desde 1953; en Alemania (2002) fue de 9.7 por ciento de la fuerza laboral, que implica más de cuatro millones de personas; en Estados Unidos (2002) alcanzó 6 por ciento, alrededor de 8.5 millones de personas. En América Latina, la Organización Internacional del Trabajo (OIT, 2002) estima que en promedio alcanza 9.3 por ciento, mientras que en África la cifra se eleva a 14.4 por ciento. Este organismo internacional estimaba (en 2003) que 180 millones de personas en el mundo no tenían empleo y 550 millones de trabajadores sobrevivían con un dólar o menos al día.<sup>1</sup>

La situación se agrava si consideramos, además, que por ejemplo en América Latina 7 de cada 10 empleos son informales y más del 50 por ciento de los trabajadores no cuentan con seguridad social.<sup>2</sup> En consecuencia, vemos que centenares de millones de personas en el mundo sobreviven con salarios miserables, sin poder satisfacer sus más fundamentales necesidades y las de su familia. Esta situación contrasta con los ingresos cada vez mayores de la reducida élite dueña de las grandes compañías transnacionales y de las agencias financieras.<sup>3</sup> Los jóvenes han sido víctimas de este nuevo orden social y laboral, pues han tenido que enfrentar el desempleo masivo y las precarias condiciones de los escasos trabajos vacantes. Aunada a la exclusión laboral, los jóvenes se han visto también excluidos de la educación, lo que sin duda agudiza las contradicciones de su existencia.

<sup>1</sup> Estas cifras han sido reportadas por Luis J. Álvarez (2003:189-190).

<sup>2</sup> En México (1995) el 31 por ciento de los ocupados percibía ingresos menores al salario mínimo y 29.5 por ciento recibía entre 1 y 2 salarios mínimos, es decir, 60.4 por ciento recibió ingresos de dos o menos salarios mínimos. Esto se refleja en un raquítico poder adquisitivo. Tan sólo el salario mínimo en el DF (1997) permitía sólo adquirir el 15 por ciento de la Canasta Normativa de Satisfactores Esenciales (CNSE) (Álvarez, 2003:190), parámetro que se empleaba para identificar a la población sumida en la pobreza.

<sup>3</sup> Existe una enorme desigualdad en la distribución de la riqueza, por ejemplo: un dueño de minas en Sudáfrica gana 2 mil millones de dólares al año, mientras que un obrero en un país tercermundista percibe en el mismo tiempo el equivalente al 0.000045 por ciento del primero. Eso significa que tendría que trabajar 2 222 222.22 años para obtener la cantidad de dinero que el dueño de las minas recibe en un año (Álvarez, 2003:191).



*La exclusión educativa*

Uno de los efectos de la globalización ha sido una nueva distribución internacional del trabajo, en la que los países del tercer mundo se han transformado no sólo en abastecedores de materias primas, sino de fuerza laboral técnicamente calificada y sumamente económica. El modelo de producción flexible (Ramírez y Anzaldúa, 2000) ha destinado a estos países la tarea de albergar empresas maquiladoras de las grandes compañías transnacionales. Esta demanda requiere de una población con cierta capacitación técnica, que sea capaz de laborar en plantas con alta tecnología. Esto ha hecho que se demande al Estado la transformación del perfil educativo, aumentando la formación de técnicos y disminuyendo la matrícula de la educación superior.

La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) y el Banco Mundial (BM), han recomendado a los gobiernos mexicanos desde hace más de 15 años, aumentar la formación de técnicos especializados para incorporarse en las empresas maquiladoras (OCDE, 1997:236). Esta recomendación se justifica con el argumento de que el país verá incrementado su desarrollo, al aumentar la tasa de empleo y también al convertirse en una región atractiva para la ubicación de empresas maquiladoras de inversión extranjera.

Dado que el perfil profesional que se intenta favorecer es el de técnico, se sugiere crear carreras técnicas en los niveles medio superior y superior (de corta duración, de 2 a 3 años), a la par que se sugiere la disminución drástica de la matrícula de las llamadas carreras tradicionales (Aboites, 1999).

Para poner en práctica estos cambios se ha optado por tomar varias medidas, entre éstas el sensible incremento de escuelas y carreras técnicas, así como implementar un sistema de evaluación para distribuir a los alumnos en el bachillerato.

Para operar este sistema de evaluación se creó el Centro para la Evaluación de la Educación Superior AC (Ceneval); un organismo privado que, curiosamente, se ha convertido para el Estado en un instrumento fundamental para la transformación del sistema educativo. Una de sus primeras tareas fue la creación del Examen Único de Bachillerato de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México. A

partir de este examen el Estado selecciona a los alumnos que egresan de secundaria para colocarlos en las instituciones de educación media superior. La distribución que se realiza implica la ubicación forzada (Aboites y Arriaga, 2004) de una buena parte de los alumnos en escuelas de educación tecnológica como los Cetus, Ceбетis y el Colegio Nacional de Educación Profesional Técnica (Conalep). De esta manera el Estado ubica de forma unilateral a los educandos en escuelas técnicas con el objetivo de incrementar artificialmente la educación tecnológica.

El examen único de bachillerato, se ha convertido en un dispositivo de selección, jerarquización y exclusión para cientos de miles de jóvenes a los que se les impide entrar a estudiar en los bachilleratos de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y del Instituto Politécnico Nacional (IPN), los cuales se consideran de mejor calidad que el resto de las opciones que se les ofrecen. De esta forma se les excluye de opciones educativas de su interés.

Como parte de las políticas neoliberales de certificación educativa, posteriormente el Ceneval implementó el Examen General de Calidad Profesional, que cambió de nombre a Examen General de Egreso de la Licenciatura, mejor conocido como EGEL. A partir de éste el Ceneval pretende evaluar la calidad y el rendimiento de los futuros profesionales en el momento en que egresan de la licenciatura. Este examen comenzó a aplicarse en 1995 y, aunque ha sido muy cuestionado, se pretende que cubra al menos las carreras más importantes registradas en la Secretaría de Educación Pública (SEP). La intención original era que este examen se convirtiera en un requisito obligatorio para la obtención del título.<sup>4</sup> El EGEL cumple varias funciones en el control de la educación superior: 1. Homogeneizar los criterios de graduación (y formación) de cada carrera en todas las instituciones en las que se imparta; 2. Establecer un rango de excelencia profesional;<sup>5</sup> 3. Generar una clasificación de profesionales que

<sup>4</sup> Cabe señalar que algunas instituciones educativas han pretendido adoptarlo en sustitución de la elaboración de tesis y el examen profesional.

<sup>5</sup> En 1999 sólo 10 por ciento de los egresados que habían presentado el examen y habían obtenido el rango fijado por Ceneval para obtener el “Certificado de Calidad Profesional” o “Testimonio de Alto Rendimiento” (Aboites, 1999:64).

sería seguramente un criterio fuerte de selección y contratación en el mercado de trabajo; 4. Proporcionar un criterio de evaluación de las universidades a partir del resultado que obtengan sus egresados para la asignación de más recursos a las carreras con egresados excelentes; 5. Propiciar el control de los planes de estudio al inducir, mediante el examen, un temario nacional para cada licenciatura; 6. Abrir la participación del sector privado en la dirección del Plan de Estudios de las diferentes carreras universitarias, al incluir entre los asociados del Ceneval la participación no sólo de las universidades privadas, sino de representantes de organismos empresariales como la Confederación de Cámaras Nacionales de Comercio (Concanaco), la Cámara Nacional de la Industria de la Transformación (Canacintra), así como representantes de empresas transnacionales como Microsoft (Aboites, 1999:71).

La transformación del perfil educativo mexicano privilegia la formación de cuadros técnicos, reduce la matrícula de la educación superior y favorece la privatización de la enseñanza. Estos cambios han generado problemas y contradicciones que tienen un impacto económico, político, académico y social. En especial los jóvenes han visto mermadas sus posibilidades de acceder al estudio profesional.

El acceso a la educación es cada vez más difícil para la juventud, la preparación formal se torna más elitista. Como paliativo, se ha incrementado la oferta en carreras técnicas, que supuestamente ofrecen salidas laborales al pretender satisfacer las demandas de capacitación del mercado de trabajo, pero que en realidad no cumplen con los requerimientos de los sectores productivos (Aboites, 1999), convirtiéndolas en preparaciones infructuosas.

Paradójicamente, mientras las políticas educativas tienden a restringir la matrícula de la educación superior, la producción “flexible” de la globalización requiere de personal “polivalente” cada vez más calificado. De ahora en adelante tendrán más posibilidades de conseguir un empleo, en condiciones más o menos aceptables, aquellos que hayan logrado especializarse y logren ofrecer sus conocimientos para insertarse en los nuevos procesos tecnológicos de producción, sólo los mejor formados y mejor actualizados podrán disputarse los empleos, que cada vez son más escasos.

## Efectos devastadores

El capitalismo neoliberal ha producido efectos devastadores: deterioro ambiental, desempleo, miseria generalizada y falta de posibilidades reales de desarrollo personal. Especialmente el desempleo y la falta de opciones satisfactorias de estudio, produce en la juventud la incertidumbre desquiciante de no poder construir una identidad y un proyecto de futuro más o menos viable, ni a corto ni a mediano plazo. Todo esto genera una sensación de frustración, impotencia y vacío, que además viene acompañada de una resignificación social de la escala de valores, donde el dinero y las mercancías se “proponen” ahora, más que nunca, como los únicos elementos que pueden dar sentido a la vida. Estas contradicciones orillan a muchos jóvenes a caer en las adicciones y en la delincuencia, frente al panorama desolador que la sociedad les ofrece. La miseria y el hambre han generado una violencia que amenaza con romper cualquier tipo de lazo social y de regulación civilizadora. En estas circunstancias los sujetos pueden entrar en crisis y en el peor de los casos pueden caer en la anomia.

La *anomia* es una situación extrema asociada a los procesos modernizadores que generan severas perturbaciones del orden colectivo, cuando el sujeto pierde los límites morales compartidos socialmente. La anomia es la manifestación más devastadora de la desintegración social, el desmoronamiento de las normas de convivencia, la falta de solidaridad con los otros y la carencia de sentido en las relaciones sociales: “[...] es la pesadilla por excelencia, que sumerge al individuo al mundo del desorden, el sinsentido y la locura” (Zermeño, 1996:31). Los efectos más visibles de la anomia son la indiferencia, la apatía, la depresión y la violencia.

A pesar de estas desastrosas consecuencias, el capitalismo, en su búsqueda insaciable de ganancias, continúa con los recortes de personal, el pago de salarios raquíticos y el control férreo de las políticas laborales. El desempleo no sólo tiene efectos económicos desastrosos, los daños subjetivos son también muy importantes. Marx y Engels sostenían que el hombre se hace humano gracias al trabajo, pues le brinda la posibilidad de desarrollar sus capacidades humanas. Las críticas se volcaban no contra el trabajo en sí, sino contra el empleo

enajenado: contra la imposibilidad de acceder a los frutos del trabajo propio y contra la explotación del asalariado.

Por medio del trabajo el ser humano adquiere una identidad, un rol con el que se identifica, por él se reconoce a sí mismo y es reconocido por los demás. Por el trabajo el hombre se inserta en las relaciones de producción y reproducción social. No sólo obtiene recursos económicos, sino que se incorpora con legitimidad en el entramado de las relaciones sociales. La moral social le dota de una dignidad particular. Esta misma moral lo condena cuando pierde el empleo.

A pesar de la explotación y la enajenación, por lo regular el sujeto tiende a establecer una relación libidinal con su trabajo, pues se engancha de alguna manera con su deseo. Esta importancia es tal, que una de las máximas aspiraciones sociales es justamente trabajar en algo placentero y satisfactorio. Cuando se pierde el trabajo no sólo se pierde un ingreso económico, se pierde el lugar social, la dignidad, la identidad, el reconocimiento y la autoestima. Se atenta además contra la capacidad de imaginar y construir un proyecto de vida.

El desempleo es un proceso de exclusión social que genera fuertes efectos psicológicos: sume al sujeto en la frustración, la depresión, la ansiedad, la culpabilidad, la inseguridad y la incertidumbre. Es un golpe brutal contra el narcisismo, se devastan la autoestima y la identidad de tal manera que el yo y el principio de realidad se pueden ver severamente afectados: la situación puede ser interpretada como un castigo, como una venganza, como “efecto de la envidia”, o bien, como una “racha de mala suerte”. A la vez pueden buscarse soluciones mágicas para encontrar trabajo.<sup>6</sup>

La desesperación, la tristeza y la angustia desbordada, pueden incrementar el monto de agresión que se manifiesta hacia los demás o hacia sí mismo. Cuando se vuelca hacia el exterior perturba las relaciones familiares y sociales (el resurgimiento de la xenofobia, por ejemplo, puede asociarse a esta violencia); pero también puede volcarse hacia el interior a partir de prácticas autodestructivas como el

<sup>6</sup> Llama la atención el incremento de anuncios en televisión de servicios “esotéricos”, mediante los cuales se ofrece resolver todo tipo de problemas: desde los sentimentales hasta la obtención de empleo.

alcoholismo y la drogadicción; aparecen los trastornos psicosomáticos y en última instancia puede sobrevenir el suicidio.<sup>7</sup>

La amenaza del desempleo, que ahora abarca a todos los estratos sociales, se traduce en la presencia permanente del *terror*, como una especie de muerte anunciada que asecha en la oscuridad, que vemos cómo hace víctimas a los demás y aguardamos con pánico el momento en que se apodere de nosotros. El terror que el desempleo provoca en las sociedades, tiene una vida subterránea, honda y duradera con efectos inconscientes. Cuando alguien ha experimentado el desempleo en sí mismo o en alguien cercano, la huella que deja esta experiencia es profunda; aunque después se recupere el trabajo, el temor a volver a ser excluido se manifiesta de manera constante. En la sociedad actual, donde priva la eventualidad y el desempleo estructural, esta situación hace que el terror se instale en la cultura como un temor permanente que tiene un efecto de demolición subjetiva.

La angustia que produce el terror puede anular la capacidad crítica y el pensamiento, el impacto es tal que resulta difícil elaborar la situación traumática. Con frecuencia se recurre a mecanismos de defensa primitivos como la negación o la proyección. Pero paradójicamente lo que se instaura de manera general es la *culpa*. El desempleado tiende a culparse a sí mismo sobre su suerte, busca insistentemente una explicación que lo responsabilice de lo acontecido. Esta culpabilización muchas veces es reforzada por el entorno social donde prevalece un imaginario que no sólo condena a quien no tiene trabajo, sino que además lo culpa por no tenerlo. El desempleado es blanco de sospechas: ¿qué habrá hecho para que lo despidieran?, ¿tendrá la suficiente preparación que requiere el puesto?, ¿será un buen

<sup>7</sup> Las cifras de suicidios han venido incrementándose sensiblemente; por ejemplo, durante el 2002 se reportaron un total de 439 suicidios en el DF; entre éstos, 84 (19.13%) eran jóvenes entre 11 y 20 años, las causas de muchos de ellos es el "fracaso escolar". Llama la atención la cantidad de jóvenes que se suicidaron por no encontrar lugar en las escuelas donde querían continuar sus estudios, la mayoría eran mujeres con promedio de calificaciones de nueve que fueron rechazadas en los exámenes de admisión. Del total, 124 (28.24%) de los suicidios ocurrió en jóvenes de 21 a 30 años, las causas principales son económicas, asociadas al desempleo. La cifra más alta es de 149 (33%) y corresponde a personas de 31 a 50 años, muchos de ellos despedidos de su trabajo. "Alarman los suicidios", *El Universal*, México, 7 de agosto de 2003, p. 1C.

trabajador?, ¿será honrado? Estas sospechas tienden a *culpabilizar a la víctima de su condición* y se crea un efecto de soledad y condena para el desempleado. Al respecto, Freud señalaba que las catástrofes naturales solidarizan a las sociedades, mientras que *las catástrofes sociales las disgregan y dividen*.

Esta demolición subjetiva, lejos de convocar las fuerzas para revertir esta situación y cambiarla, crea un estado de mortificación social, de autocastigo, que suprime cualquier iniciativa de acción transformadora y sume a las sociedades en la pasividad y la resignación.

Estas condiciones sociales dividen a los jóvenes en dos grandes grupos,<sup>8</sup> de acuerdo con sus posibilidades de integrarse o no al sistema: por un lado están los *jóvenes incorporados* (Reguillo, 2000:24), que insertos en el sistema, estudiando o trabajando, intentan mantenerse en él sin hacer cambios sustanciales; por otro, están los *jóvenes disidentes*, que siendo excluidos del sistema se rebelan contra éste y en ocasiones intentan conformar una cultura alternativa, a veces de franca oposición al sistema vigente. Cabe enfatizar que entre estos polos existe una amplia gama de jóvenes que transitan de uno a otro, que incluso difícilmente podríamos ubicar exclusivamente en uno de estos lugares.

### *Jóvenes incorporados*

Los jóvenes a quienes denominamos “incorporados”, son aquellos que han tenido acceso a la educación media superior y superior, y de alguna manera logran incorporarse al mercado de trabajo, con las fluctuaciones de empleo consabidas en nuestro tiempo. Por lo regular se trata de jóvenes de clase media y alta que hacen un gran esfuerzo (con sus familias) para mantenerse adaptados a la sociedad de consumo.

<sup>8</sup> Esta tipología (como todas) es parcial e incompleta, no pretendemos que los jóvenes puedan ser clasificados de manera tajante en cualquiera de estos grupos; sin embargo, puede sernos útil para comprender la situación de dos grandes sectores de la juventud urbana (los jóvenes del ámbito rural presentan diferencias).

Son jóvenes que intentan seguir el modelo convencional de “juventud” impuesto por la cultura de los medios de comunicación. Son personas que han demorado su incorporación a la estructura productiva, postergan la formalización del vínculo matrimonial y prolongan su preparación escolar más allá de los 25 años (Medina, 2000:82). Por lo regular este tipo de jóvenes emprenden una carrera desenfrenada en búsqueda de una formación cada vez más especializada, cada vez más actual, para estar al día con el desarrollo tecnológico. Es una carrera sin fin para alcanzar la tecnología. Como el caballo de la fábula que persigue la zanahoria sin alcanzarla jamás, ignorando que el señuelo anaranjado es un artificio para hacerlo correr y tirar del carruaje. Vano intento, mientras más corra, la zanahoria irá más rápido también.

Indudablemente, estos jóvenes estudiosos son los que tienen mejores posibilidades para obtener un empleo y mantenerse en él por más tiempo, pero son víctimas también de la enajenación del trabajo: viven y estudian para trabajar, se desgastan en la competencia y en la sobreexplotación de las compañías que los contratan.

Las nuevas formas de gestión en las empresas emplean una serie de preceptos “éticos” que apelan a ciertos valores que intentan conformar un proyecto empresarial con el cual todos se identifiquen (Anzaldúa, 2000). En un mundo extremadamente individualizado, donde una buena parte de los referentes tradicionales de identidad y de valores han perdido su carácter de formador y modelador de comportamientos (Castoriadis, 1997:155), la empresa, con fines tácticos de productividad, intenta llenar el vacío moral que se ha creado.

Los administradores dotan a la empresa de un proyecto “ético” que la distingue y en torno al cual buscan que los sujetos se identifiquen. Se crea la ilusión de que la firma es como una especie de microsociedad dotada de una “cultura organizacional” con normas y valores propios, donde a los sujetos, especialmente a los jóvenes, se les hace creer que tienen un lugar importante. Pertenecer a la “Familia Nissan”, al “Grupo Televisa” o a la “Compañía Coca-cola”, los dota de una identidad imaginaria y de un cierto reconocimiento social que por sí mismos como individuos no tendrían. “Ponerse la



camiseta” incentiva la identificación con la empresa, con su proyecto y sus códigos morales.

En la cúspide de los valores de esta ética empresarial se encuentra hoy la *excelencia*, que antes “designaba una calidad intrínseca a la persona (una persona excelente, un excelente amigo, etcétera) ahora en la empresa viene a calificar una manera de hacer las cosas siempre *mejor que los demás*” (Aubert y Gaulejac, 1993:60). “Buscar la excelencia [afirma un consultor empresarial francés] supone querer superarse, acercarse a la perfección, vencerse a sí mismo [...] batir su propio récord” (Aubert y Gaulejac, 1993:61).

Los jóvenes que entran a laborar en este tipo de empresas se identifican con estas significaciones imaginarias e intentan conformar su identidad a partir de la búsqueda de la excelencia como una conquista personal, a partir de la cual pretenden afirmarse como individuos “valiosos”. Alcanzar la “calidad total”, el “justo a tiempo” y la eficiencia absoluta, son formas que asume esta búsqueda de la excelencia.

El culto a uno mismo que esta sociedad promueve, la competencia extrema por ser más que los demás, encuentra en la excelencia un valor privilegiado en torno al cual se organizan las acciones de estos jóvenes sujetos para sacarles el máximo provecho. Así, la empresa capitaliza el deseo narcisista de “ser mejores”, poniéndolo al servicio de la productividad.

La *adhesión apasionada* que las compañías buscan de sus trabajadores, se consigue vinculando imaginariamente el destino y la identidad de los sujetos al proyecto y a los intereses de la empresa. Cuando en este proceso aparecen las resistencias, al trabajador se le amenaza con el despido; terrible sentencia que inevitablemente llega, cuando el sujeto ya no cubre los estándares de productividad que le demandan. El desgaste que provoca la explotación de estos jóvenes hace que al término de su vida laboral (que cada vez es a más corta edad), sus condiciones físicas y mentales sean muy deplorables. Reflejo de esto son los trastornos cardiovasculares, el estrés, el tabaquismo y el desarrollo de rituales neuróticos generalmente obsesivos, factores todos que les impiden disfrutar tranquilamente de la vida y optar por una satisfacción más humana y placentera.

Dentro de este grupo de jóvenes activos no todos encuentran empleo, a pesar de su esfuerzo y de sus posgrados; la frustración es tan grande que es difícil escapar de ella. Muchos tienen que conformarse con subempleos modestos que no alcanzan el máximo de sus aspiraciones. Otros menos, optan por una salida compleja y difícil: el autoempleo.

Hay muchas modalidades de autoempleo<sup>9</sup> que van desde aquel o aquellos que se reúnen y forman su propia empresa, lo cual requiere capital financiero y humano (formación), pasando por los que establecen una cooperativa, hasta quienes ofrecen sus servicios, venden o elaboran productos por su cuenta; algunos otros, muy pocos, los que cuentan con formaciones especializadas, ofrecen sus servicios a manera de asesorías o consultorías, ya sea para empresas o particulares, quienes los contratan por obra determinada.

### *Jóvenes disidentes*

Este sector de la juventud está compuesto, principalmente, por la población de escasos recursos económicos, que ante la imposibilidad de continuar con sus estudios, intenta integrarse tempranamente al trabajo, donde encuentra subempleos, contrataciones eventuales (en pésimas condiciones) o bien pasa a engrosar las filas de la economía informal.

La inseguridad permanente en el ingreso origina la aparición de una *cultura de la temporalidad* en la que se vive al día sin la posibilidad de establecer proyectos a mediano o largo plazo. Vivir la inmediatez, sin aspiraciones futuras, crea en ocasiones un egoísmo extremo que se traduce en una competencia extrema que socava los lazos de

<sup>9</sup> El autoempleo es una de las alternativas que con más entusiasmo se ha buscado en la Unión Europea, donde han aparecido diversos programas apoyados con recursos financieros y logísticos de los gobiernos (Del Río *et al.*, 1991). En nuestro país, la mayor parte del autoempleo consiste en el comercio ambulante y la “economía subterránea” (lavaautos, limpiaparabrisas, cantantes del metro, etcétera). Los programas de ayuda al autoempleo son escasos (como el Sistema Nacional de Capacitación para el Trabajo, el apoyo financiero a los “changarros” y a la pequeña industria, etcétera), demagógicos y con fines primordialmente políticos, lo que les resta eficacia y eficiencia.

solidaridad y compromiso con los otros. Esta situación recae fundamentalmente en muchos jóvenes que se sumen en la frustración, la falta de perspectivas para el futuro, la ausencia de sentido e ilusiones en la vida.

Las contradicciones se incrementan debido a que en la actual escala de valores predomina el culto al dinero, se incentiva el egoísmo y la competencia. La moral cínica (funcional al mercado) prevalece en las interrelaciones. El hedonismo mercantil, la búsqueda desesperada del dinero, el consumo como eje de la existencia, la ostentación y la vanidad, se proponen como los únicos elementos que pueden dar sentido a la existencia.

Este escenario se agrava con las confusiones generadas por los distintos referentes de identidad.<sup>10</sup> La juventud es objeto de múltiples propuestas identitarias que provienen de diversas instancias como la escuela, los medios de comunicación, la familia, la iglesia y los grupos de pares. Cada una de éstas con concepciones y valores en ocasiones muy diferentes, por lo que generan tensiones y contradicciones que hacen de la identidad construida<sup>11</sup> una *solución de compromiso* generalmente conflictiva.

Sin duda, entre las instancias que mayor influencia tienen en la construcción de la identidad juvenil están los medios masivos de comunicación que convierten a la juventud en blanco de la publicidad, para hacerlos sujetos de la moda y consumidores de la “cultura juvenil” que el mercado impulsa. Esto conlleva una enorme paradoja: si bien el mercado y los medios de comunicación difunden constante-

<sup>10</sup> Recordemos que la construcción de la identidad es uno de los procesos centrales para los jóvenes. El paso por la juventud implica elaborar los duelos propios de la adolescencia en relación con la infancia perdida (Aberasturi y Knobel, 1980), para transitar por un proceso complejo en el que resignifican su identidad para conformar una *identidad juvenil*, que sirva de transición para construir otra identidad: la de adultos.

<sup>11</sup> “De nuestra identidad hablamos siempre que decimos quiénes somos y quiénes queremos ser. Y en esa razón que damos de nosotros se entretajan elementos descriptivos y elementos evaluativos. La forma que hemos cobrado merced a nuestra biografía, a la historia de nuestro medio, de nuestro pueblo, no puede separarse en la descripción de nuestra propia identidad de la imagen que de nosotros nos ofrecemos a nosotros mismos y ofrecemos a los demás y conforme a la que queremos ser enjuiciados, considerados y reconocidos por los demás” (Habermas, 1993).

mente una cultura juvenil de consumo, las condiciones socio-económicas de la mayor parte de los jóvenes les impiden tener acceso a estos productos; esto crea una enorme frustración y una búsqueda de espacios e identidades alternativas.

### *Movimientos juveniles y tribus urbanas*

Los movimientos culturales juveniles no son nuevos, a lo largo de la historia los jóvenes se han caracterizado por presentar rasgos característicos con los que pretendían distinguirse de las generaciones adultas; sin embargo, como movimientos más o menos colectivos y con carácter de franca protesta contra el orden establecido, se considera que aparecen en el siglo XIX en Europa (Careaga, 1984). En 1815, en Alemania, aparece una revuelta juvenil de estudiantes universitarios contra las autoridades académicas, que después se traduce en una rebelión contra el autoritarismo patriarcal en la familia. Los participantes en esta revuelta eran jóvenes de la pequeña burguesía, que se distinguían por su cabello largo y sus gruesos abrigos con cuellos anchos. La rebelión resulta repudiada y reprimida cuando uno de los estudiantes asesina a un despótico y autoritario profesor.

En 1830, con la influencia del romanticismo, en París deambulan bohemios juveniles barbudos, melencidos con trajes de satín y terciopelo, que se reunían en las noches a charlar, bromear y lanzar consignas contra lo que llamaban “la sociedad hipócrita”, pregonando en su lugar una honestidad personal. En ocasiones las reuniones de estos jóvenes terminaban de manera eufórica, rompiendo cristales de los aparadores de la ciudad luz.

En 1881, en San Petersburgo, apareció un grupo de jóvenes nihilistas melencidos, desaliñados, vestidos de manera extravagante, que se expresaban con palabras altisonantes. Vivían juntos, practicaban el amor libre y tomaban acciones violentas, a manera de guerrilla, contra la sociedad zarista.

En Estados Unidos, después de la Primera Guerra Mundial y del desastre económico de 1929, muchos jóvenes manifestaban su descontento contra el capitalismo que los había llevado a una guerra

imperialista y les había hecho vivir la terrible experiencia de la depresión económica. Las actitudes rebeldes y el consumo prohibido de alcohol, que se acompañaba de la escucha del jazz, exhibía una nueva forma de ser y de vivir que resultaba contestataria. En este tipo de manifestaciones participaron también las mujeres, lo que reforzó el carácter desafiante del movimiento.

Después de la Segunda Guerra Mundial el desencanto y el descontento de los jóvenes estadounidenses creció. La guerra fría, el macartismo con las persecuciones políticas y el exacerbado racismo, fueron gestando un descontento mayor. Aparece el movimiento *beatnik* que se rebelaba contra la hipocresía estadounidense y expresaba la desolación y el desencanto de los jóvenes hacia su sociedad y su deseo de transformarla. Las novelas y las canciones de protesta eran el vehículo para manifestar su descontento y difundir sus deseos de cambio.

En los sesenta aparecen los *hippies*, que rechazan el convencionalismo de la sociedad estadounidense. Toman como expresión musical el rock, reaparecen las barbas y las melenas, ahora con ropas extravagantes y colores llamativos, combinados con flores, amor libre y la consigna de “amor y paz”, justo cuando se reclutaba a los jóvenes para la guerra de Vietnam. Los “hijos de las flores” eran misioneros que trataban de cambiar la mentalidad de la gente, prodigando el amor, el hedonismo, el respeto por la naturaleza y por sus semejantes. El empleo de las drogas fue el principal pretexto para que fueran mal vistos y perseguidos. Éste sin duda fue uno de los movimientos juveniles más reconocidos, ya que contó con una difusión internacional.

A finales de esa década los movimientos juveniles asumen un carácter abiertamente político, como lo atestiguan las diversas movilizaciones en 1968, especialmente las del mayo francés y las de octubre en México, que aparecen como protestas estudiantiles que se convierten en portavoces de múltiples demandas sociales a favor de la libertad, la justicia y la democracia, contra el autoritarismo y la cerrazón política. El desenlace represivo en México, que volvió a repetirse en 1971, puso de manifiesto la intolerancia del Estado y la necesidad de abrir nuevos cauces de expresión a las demandas de los jóvenes.

En la actualidad, al margen de la sociedad y la cultura dominante, ha surgido un fenómeno al que los sociólogos contemporáneos, como Michel Maffesoli (1990), denominan *tribus urbanas*. Los valores del mercado, aunados al carácter anómico y masificado de las sociedades de la globalización, han generado que las relaciones interpersonales en los grupos y las instituciones se vean obstaculizadas por el individualismo, la competencia, la envidia y el cinismo. Esto crea una sensación de soledad dentro del colectivo, de desconfianza y temor frente al otro. Se vive una imposibilidad de establecer lazos afectivos y vínculos solidarios, lo que genera una enorme sensación de vacío, inseguridad e incertidumbre.

Frente a esto los jóvenes han constituido comunidades emocionales intensas, una especie de “tribu”<sup>12</sup> en donde encuentran grupos de pertenencia y referentes identitarios. Éstas han surgido, principalmente en las ciudades, se caracterizan fundamentalmente por constituir una forma cultural particular con lenguaje, valores, códigos estéticos, música, rituales, vestuario, imagen corporal, actitudes, prácticas y formas de sociabilidad propios, que los distingue de otros grupos juveniles. Las tribus urbanas constituyen un cierto éthos, una cierta forma de actuar y vivir, cargadas de significaciones imaginarias que les dota de identidad y sentido de pertenencia; a su vez, estas significaciones operan para mantenerlos unidos.

Este neotribalismo se ha convertido en una manifestación contracultural,<sup>13</sup> pues aparece como una forma cultural que instaaura acciones y significaciones imaginarias que se oponen a la cultura de las instituciones tradicionales como la familia, la escuela, la religión, pero

<sup>12</sup> En antropología la *tribu* es una forma de agrupación humana que se caracteriza por ofrecer a sus miembros un marco social, económico y religioso más o menos estable, con una estructura social definida que se basa en la división de las familias y clanes con un jefe común. La tribu ocupa un territorio claramente delimitado, que se está dispuesto a defender a toda costa. Cuenta también con una cultura propia con concepciones, valores, creencias y prácticas, que la identifican y la distinguen de otras. Esta cultura tribal provee de elementos identitarios a sus integrantes.

<sup>13</sup> El término *contracultura* aparece en Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial y hace referencia a las formas de vida que se practicaban como manifestaciones de rebeldía frente a las costumbres y formas de pensar de los “hombres estables”: patriotas, ultraconservadores, patriarcales y adultocéntricos.

también se contraponen a la cultura mercantil de la globalización.<sup>14</sup> La contracultura surge cuando aumenta la rigidez de la sociedad o cuando se priva de espacios de manifestación y desarrollo a sectores que quedan marginados del sistema. Los movimientos contraculturales aparecen como efecto del imaginario social radical; son movimientos instituyentes que se oponen al orden instituido. Contraponen a la cultura instituida otra diferente.<sup>15</sup>

Las tribus urbanas, como movimientos contraculturales, constituyen la expresión de imaginarios sociales instituyentes que cristalizan tensiones, encrucijadas y ansiedades de la juventud. Son la manifestación de oposiciones y resistencias a la cultura mercantil de la sociedad globalizada, que ejerce sobre ellos la violencia de la marginación. La cultura y la opulencia exhibida por el sector minoritario de los grupos que acumulan la riqueza, se convierte en una forma de ejercicio de violencia, que genera a su vez una respuesta también violenta de las contraculturas juveniles.

Son muchos los grupos tribales de los jóvenes, algunos tienen presencia internacional como los *punks*, *darks*, *rastas*, *rappers*, *skas* y *skinheads*. Es imposible abordarlos en un trabajo corto como éste,<sup>16</sup> así que sólo mencionaré algunas características de los *skinheads* y los *punks*, que son de los grupos más conocidos, a fin de tener una idea acerca de lo que son estas tribus.

*Skinheads*. Surgen a principios de los setenta en el Reino Unido y se difunden en varios países en los ochenta. También se les conoce como los “hijos de la desesperanza”. Aparecen después del '68 y del fracaso de

<sup>14</sup> Cabe señalar que no en todos los casos se puede hablar de las tribus urbanas como movimientos contraculturales, pues algunas de ellas manifiestan su adhesión a la cultura mercantil y sus valores. Por ejemplo la llamada *Generación X* constituida por jóvenes de clase media y alta, que a principios de los noventa se conformó en torno al consumismo y la despreocupación por el porvenir, pues provenían de familias que satisfacían sus caprichos. Otro ejemplo son también los *skinheads*, que sostienen valores que podrían considerarse en sintonía con la sociedad violenta y racista en que vivimos.

<sup>15</sup> Sin embargo, esto no quiere decir que por ser movimientos instituyentes apunten a una transformación social “progresista” o más humana; el imaginario instituyente puede apuntar a la aparición (o resignificación) de movimientos retrógrados como los neonazis.

<sup>16</sup> Existen varios trabajos interesantes sobre tribus juveniles como los siguientes: Maffesoli (1990), Costa, Pérez y Tropea (1996), Urteaga (2000), Valle (2002), Arce (2003).

la utopía psicodélica de los *hippies*, de hecho se consideran como la antítesis de este movimiento. Lejos del pacifismo *hippy*, los *skinheads* son particularmente violentos y radicales, incluso sus expresiones recientes están vinculadas con movimientos de ultraderecha neonazi. Son nihilistas, racistas y no tienen una propuesta clara, a diferencia de las comunas *hippies* autónomas, libres y autosuficientes.

Visten con pantalones ajustados, botas militares, chaquetas negras a las que denominan *svástica* y cabezas rapadas. Practican rituales de iniciación que generalmente se trata de alguna acción violenta contra otra tribu o contra la autoridad. El rape simboliza una especie de mutilación ritual, al igual que las perforaciones y los tatuajes. Sostienen la necesidad de ser agresivos con la finalidad de tener la fuerza para subsistir en el futuro. La música que les agrada es el *ska*, acuden a las discotecas y a los estadios deportivos, donde suelen ser violentos. Consumen cerveza y drogas. Establecen grupos afectivos fuertes de solidaridad entre ellos, aunque se tornan muy virulentos con los ajenos.

Los *skinheads*, si bien aparecen a finales de los sesenta, se vieron opacados por los *punks* (tribu con la que cotidianamente se enfrentaban), pero al decaer el movimiento *punk*, los *skinheads* resurgen con singular fuerza en los ochenta y en la actualidad es una de las principales tribus en Europa y mantienen una fuerza creciente especialmente en Estados Unidos.

*Punks* Aparecen en el Reino Unido en 1975, también en oposición a la cultura *hippy*, que se encontraba en decadencia. Son anarquistas, repudian cualquier forma de gobierno, autoridad y normatividad. Son fácilmente reconocibles por su corte de pelo en cresta con colores llamativos, su vestuario extravagante con cazadoras adornadas con tachuelas, pantalones ajustados, tatuajes, perforaciones, botas e implementos sadomasoquistas. Hay en ellos una búsqueda de lo feo y lo grotesco como una forma de manifestar a gritos su desesperanza. La extravagancia de su estilo y la notoriedad que alcanzaron los hizo tener adeptos en muchas partes del mundo.

Si bien las tribus urbanas son un fenómeno que ha atravesado todas las clases sociales, algunas de ellas han sido adoptadas con más fuerza por ciertos sectores particulares, como es el caso de los *punks*,



cuyos adeptos (incluso en México) eran primordialmente sectores lumpenproletarios de las zonas marginales de las ciudades. Su carácter inconforme, que se refleja con la hostilidad, coraje y agresión de su estilo (vestuario, canciones, discursos, etcétera) hablan de su frustración y su odio a las condiciones sociales en que viven. El *punk* muestra con singular radicalidad el desprecio y el repudio a todo el sistema social establecido, por eso son antigobierno, antirreligión, antimoda, etcétera.

Si bien no todas las tribus son violentas, la mayoría sí lo son, de ahí que ésta sea una de sus características más notoria. Esta violencia de las tribus urbanas, en ocasiones va más allá de su carácter contestatario manifestado en sus consignas, su música, su vestuario, su aspecto y sus costumbres. Algunas de estas tribus realizan prácticas delictivas y vandálicas, que las colocan fuera de la ley y son blanco de la persecución policiaca (como el caso de la “Mara Salvatrucha”). Escudándose en estos acontecimientos, la cultura dominante despliega una serie de prejuicios contra todos los grupos juveniles y sus manifestaciones, catalogándolas de desviadas y delictivas.

El carácter marginal e incluso desviacionista con el que se cataloga a las tribus urbanas, las hace blanco de prejuicios y persecuciones, lo cual genera reacciones de ira y agresión indiscriminada que pocas veces permiten una toma de conciencia social y una organización transformadora.

### Juventud extraviada

Vivimos en sociedades con creciente desempleo, con menores oportunidades de estudio, con miseria extrema y con pocas posibilidades de desarrollo, donde además se promueve el exceso de consumo, se exhibe un sinnúmero de mercancías y formas suntuosas de vida; donde élites cada vez más ricas y poderosas se aprovechan de una población creciente que se sume cada vez más en la miseria. La ostentación de esta injusta cultura dominante genera gran frustración, coraje y agresión, que se traducen en múltiples reacciones juveniles, las cuales van desde la búsqueda desesperada por subirse y mantenerse en el *tren* de

vida de la sociedad de consumo (aunque sea en el vagón de quinta), pasando por aquellos que sin poder subir se drogan para imaginar otro *tren*, o bien armados de crestas, tatuajes y cadenas (inspirados por su música y sus canciones), intentan (quijotescos) hacer frente al dragón de hierro.

La juventud de hoy es muy heterogénea, sus actitudes frente a la vida son muy diversas: algunos jóvenes, manipulados por los medios de comunicación y la sociedad de consumo, se alucinan en una euforia desenfadada y optan por disfrutar el momento sin prever las consecuencias de sus actos. Así, se entregan a la moda, al alcohol, a las drogas, al ejercicio compulsivo de su sexualidad (sin precauciones), dando como resultado lamentables consecuencias que van desde embarazos no deseados, la adquisición de enfermedades (a veces incurables), hasta el alcoholismo y la drogadicción, esas esclavitudes que llevan a una muerte lenta y dolorosa. Otros, invadidos por el desaliento y la apatía, se deprimen y en ocasiones se paralizan; sin proyectos de vida, no saben cómo, ni hacia dónde continuar; sumidos en el nihilismo abandonan su existencia a los vaivenes sociales.

Algunos, frente a las presiones socioculturales, las crisis en las familias y la necesidad de construir una identidad, se refugian en las llamadas *tribus urbanas* en la búsqueda de seguridad, solidaridad, reconocimiento, afecto y una manera de expresar su inconformidad y dar cauce a su angustia y a su coraje. Estos movimientos de protesta pueden ser seductores por la extravagancia de sus formas, la radicalidad que aparentan y sobre todo por la irritación y la atención que provocan en la sociedad adultocéntrica. Sin embargo, como muchos movimientos instituyentes, tienden a ser institucionalizados, de manera que si en su origen las tribus urbanas mostraban ciertas expresiones “auténticas” de la juventud, pronto han sido capitalizadas con fines comerciales y se han creado las mercancías adecuadas (música, ropa, *fancines*) para cada una de ellas, reduciendo a estos jóvenes a sujetos particulares de consumo.

La juventud (al igual que otros actores sociales), se encuentra extraviada, “sin brújula” dice Castoriadis (2000). Esto es efecto del deterioro de las condiciones de vida en la sociedad capitalista, así como del desgaste de las significaciones imaginarias instituidas y su incapaci-

cidad cada vez mayor de mantener el sistema.<sup>17</sup> Toda esta descomposición genera incertidumbre, que aunada a la falta de propuestas de cambio, crean confusión, desaliento y esta suerte de extravío, de vivir sin rumbo, sin sentido.

Los movimientos juveniles, que por momentos se politizaron (como en 1968, 1971, 1986 y 1999 en México) y lograron ser portavoces de demandas sociales, en la actualidad no alcanzan su fuerza transformadora, en parte porque no han logrado proponer una alternativa clara que logre convocar a los distintos actores sociales. Las expresiones actuales de protesta juvenil no logran inquietar a los poderosos; por el contrario, éstos capitalizan su existencia vendiéndoles productos y cuando su presencia se torna incómoda, se despliegan contra ellos el prejuicio y la descalificación, para justificar el empleo de la represión.

Cada vez son más reducidos los espacios “funcionales” para los jóvenes; los que no alcanzan un lugar, son marginados. Son orillados a formar parte de grupos de excluidos, que sólo pueden expresarse y existir en lugares (barrios, esquinas, tocadas, estadios) al margen de los sitios de la gente que vive “bien”, de los felices habitantes del mundo del consumo.

En la actualidad, muchas de las políticas sociales para la juventud se atienden fundamentalmente a “permitir espacios de expresión”: delimitar zonas de convivencia (como el tianguis del Chopo, en la Ciudad de México), proporcionar bardas para “grafitar” con permiso. Se trata fundamentalmente de gestionar y restringir su existencia en tiempos y espacios determinados, fuera de la vista de los poderosos. Así como antaño se decía que “el mejor indio era el indio muerto”, ahora “el mejor joven o el mejor pobre, es el que no se ve, el que no existe”. Loïc Wacquant, al analizar la política de Bill Clinton respecto de la pobreza, señala: “un buen pobre es un pobre invisible, una persona que se atiende a sí mismo y nada pide. En pocas palabras,

<sup>17</sup> Recordemos que las significaciones imaginarias son las que instituyen, cohesionan y mantienen unidas a la sociedad: “La ‘institución’ de las instituciones de una sociedad y su continuidad es posible no sólo por las condiciones materiales económicas que la producen sino por la eficacia simbólica de sus mitologías, emblemas y rituales que la reproducen” (Fernández, 1993:77).

alguien que se comporta como si no existiera” (Wacquant en Bauman, 2003:142).

Actualmente son pocos los intentos de los jóvenes (y de los pobres) de hacer de su sufrimiento una cuestión de interés público, una causa común. Aunque sean millones los seres humanos que padecen la marginación y la miseria, se ha instaurado el imaginario liberal en el que cada individuo se asume como “responsable” de su condición,<sup>18</sup> de manera que cada marginado social lame sus heridas en soledad: “esos ‘excluidos’ dejan de tener exigencias y proyectos, no valoran sus derechos, no ejercen su responsabilidad como seres humanos y ciudadanos. Así como dejaron de existir para los demás, poco a poco dejan de existir para sí mismos” (Bauman, 2003:143).

Hoy la mayoría de los jóvenes no vislumbra que pueda convertirse en actores sociales<sup>19</sup> capaces de unirse con otros sujetos para transformar sus condiciones de vida. Sumidos en la desesperanza, la apatía y el nihilismo, han perdido de vista su potencial transformador y su fuerza política. Sin embargo, como un volcán dormido, en cualquier momento puede despertar.

Frente a la descomposición social que vivimos, se requiere (a decir de Castoriadis) una nueva creación imaginaria que coloque a la vida humana en el centro de los valores y las concepciones de la sociedad:

Eso exigiría una reorganización de las instituciones sociales, de las relaciones de trabajo, de las relaciones económicas, políticas y culturales. [...] Deberíamos querer una sociedad en la cual los valores económicos hubieran dejado de ser centrales (o únicos), donde la economía regresara a su lugar como simple medio de la vida humana y no como fin último (Castoriadis, 2000:105).

<sup>18</sup> Por ejemplo, recordemos la culpa que siente el desempleado cuando es víctima del recorte de personal.

<sup>19</sup> A excepción del polémico movimiento de huelga en la UNAM en 1999, que mostró una reactivación importante de la participación política de los jóvenes que tomaron como bandera la defensa de la educación superior pública, por lo regular presenciamos una importante inmovilidad de los sectores juveniles. Para un análisis de este movimiento puede consultarse el trabajo de Dinah Rochín (2002).

## Bibliografía

- Aberasturi, Arminda y M. Knobel, *La adolescencia normal*, Paidós, Buenos Aires, 1980.
- Aboites, Hugo, “El perfil educativo de México para el siglo XXI”, *Memoria del 3er. Congreso Nacional de Orientación Educativa. AMPO’99*, AMPO-SEP, Tlaxcala, 1999.
- Aboites, Hugo y Ma. Luz Arriaga, “Juventud y acceso a la escuela pública en México”, *Tramas, subjetividad y procesos sociales*, núm. 22, UAM-Xochimilco, México, 2004.
- Álvarez, Luis, “Hacia un nuevo principio distributivo. Más allá del mercado capitalista del trabajo”, en Luis Álvarez (comp.), *Un mundo sin trabajo*, Driada, México, 2003.
- Anzaldúa, Raúl, “¿Ética en la administración?”, en Beatriz Ramírez Grajeda (coord.), *Ética y administración. Hacia un análisis transdisciplinario*, UAM-Azcapotzalco, México, 2000.
- Anzaldúa, Raúl y Beatriz Ramírez (comps.), *Formación y tendencias educativas*, UAM-Azcapotzalco, México, 2004.
- Arce, Tania, *Jóvenes, tribus, urbanas, violencia: el silencio de la pedagogía*, trabajo recepcional, UPN, México, 2003.
- Aubert, Nicole y Vincent de Gaulejac, *El coste de la excelencia*, Paidós, Barcelona, 1993.
- Bauman, Zygmunt, *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Gedisa, Barcelona, 2003.
- Careaga, Gabriel, *Biografía de un joven de clase media*, Océano, México, 1984.
- Castoriadis, Cornelius, *Ciudadanos sin brújula*, Ediciones Coyoacán, México, 2000.
- , “La crisis del proceso identificador”, *El avance de la insignificancia*, Eudeba, Buenos Aires, 1997.
- Costa, Pere-Oriol, J.M. Pérez y F. Tropea, *Tribus urbanas*, Paidós, Barcelona, 1996.
- Del Río, Enrique *et al.*, *Formación y empleo*, Paidós, Barcelona, 1991.
- Erikson, Eric, *Identidad, juventud y crisis*, Paidós, Buenos Aires, 1974.
- Fendler, Lynn, “¿Qué es posible pensar? Una genealogía del sujeto

- educado”, en Thomas S. Popkewitz y Marie Brennan (comp.), *El desafío de Foucault*, Ediciones Pomares/Corredor, Barcelona, 2000.
- Fernández, Ana Ma., “De lo imaginario social a lo imaginario grupal”, en Ana Ma. Fernández y Juan Carlos de Brasi (comps.), *Tiempo histórico y campo grupal*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1993.
- González Casanova, Pablo, “La explotación global”, *Revista Horizonte Sindical*, núm. 12, México, 1999.
- Habermas, Jürgen, *Identidades nacionales y postnacionales*, Rei, México, 1993.
- Maffesoli, Michel, *El tiempo de las tribus*, Icaria, Barcelona, 1990.
- Medina, Gabriel, “La vida se vive en todos lados”, en Gabriel Medina (comp.), *Aproximaciones a la diversidad juvenil*, Colmex, México, 2000.
- Mier, Raymundo y Mabel Piccini, *El desierto de los espejos*, México, UAM-Xochimilco/Plaza y Valdés, 1987.
- OCDE, *Exámenes de las Políticas Nacionales de Educación*, México, 1997.
- Ramírez Grajeda, Beatriz y Raúl Anzaldúa, “Los modelos de intervención grupal en los requerimientos de producción flexible”, en I. Font y A. Sánchez (comps.), *Horizontes complejos en la era de la información*, UAM-Azcapotzalco, México, 2000.
- Reguillo, Rossana, “Las culturas juveniles: un campo de estudio. Breve agenda para la discusión”, en Gabriel Medina (comp.), *Aproximaciones a la diversidad juvenil*, Colmex, México, 2000.
- Rochín, Dinah, “La huelga universitaria ¿una manifestación de las culturas juveniles de fin de milenio?”, en Alfredo Nateras (comp.), *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*, UAM-Iztapalapa/Porrúa, México, 2002.
- Urteaga, Maritza, “Identidad, cultura y afectividad de los jóvenes punks mexicanos”, en Gabriel Medina (comp.), *Aproximaciones a la diversidad juvenil*, Colmex, México, 2000.
- Valle, Francisco, “Kronnos, Proteus y Thanatos”, en Alfredo Nateras (comp.), *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*, UAM-Iztapalapa/Porrúa, México, 2002.
- Zermeño, Sergio, *La sociedad derrotada*, Siglo XXI Editores, México, 1996.